

En el agua

El último verano había alquilado una quinta de recreo á orillas del Sena, á muchas leguas de París, y allí iba á dormir todas las noches. Al cabo de algunos días trabé conocimiento con uno de mis vecinos, un hombre de treinta ó cuarenta años, que era el sér más raro que he cóncido. Era un antiguo aficionado á navegar por el río, un remero infatigable que se pasaba la vida junto al agua ó dentro del agua ó sobre el agua. Debíó de nacer en una canoa y de fijo que se morirá remando.

Una noche que nos paseábamos por las orillas del Sena, le rogué que me contara algunas anécdotas de su vida náutica. Inmediatamente mi hombre se anima, se transfigura, se vuelve elocuente, casi poeta. Tenía una pasión, una gran pasión devoradora, irresistible: el río.

—¡Ah!—exclamó,—¡cuántos recuerdos guardo de este río que ve usted correr junto á nosotros! Ustedes, los que viven en las ciudades, no saben lo que

es un río. Un pescador pronuncia la palabra "río," de un modo especial. Para él es algo misterioso, profundo, desconocido, el país de los espejismos y fantasmagorías, donde se ven, de noche, cosas que no existen, donde se oyen ruidos que no se conocen, donde se tiembla sin saber por qué, como en un cementerio; y es, en efecto, el más siniestro de los cementerios, aquel en que no hay tumbas.

La tierra resulta estrecha para un pescador y, en cambio, en la sombra, cuando no brilla la luna, el río resulta ilimitado. Un marino no experimenta igual sentimiento por el mar. Verdad que algunas veces el mar es duro y perverso, pero por lo menos grita, alborota, es leal; el río es silencioso y pérfido. No ruge, corre sin ruido, y ese movimiento eterno del agua que corre, es para mí más espantoso que las altas olas del Océano.

Algunos soñadores pretenden que el mar encierra inmensos países azulados, donde los ahogados flotan entre dos aguas junto á los monstruos marinos en el centro de extraños bosques y en las grutas de cristal. El río no tiene más que negras profundidades donde se pudren los cuerpos en el barro. Es muy bello, sin embargo, cuando brilla el sol naciente y chapotea suavemente entre sus orillas cubiertas de cañas que murmuran.

El poeta ha dicho, hablando del Océano:

¡O flots, que vous savez de lugubres histoires!
Flots profonds, redoutés des mères à genoux,
Vous vous les racontez en montant les marées
Et c' est ce qui vous fait ces voux désespérés
Que vous avez, le soir, quant vous venez vers nous.

Pues bien, creo que los relatos que se cuchichean las delgadas cañas con sus vocecillas cariñosas, deben ser aún más siniestros que los dramas lúgubres de que hablan los alaridos de las olas.

Pero ya que me pide usted que le cuente algunos de mis recuerdos, voy á relatarle una extraña aventura que me ocurrió aquí hace unos diez años.

Vivía, como ahora, en casa de la tía Lafón y uno de mis mejores camaradas, Luis Bernet, que ha renunciado no hace mucho á la náutica, á sus pompas y á su independencia para entrar en el Consejo de Estado, estaba instalado en el pueblecillo de C... dos leguas más abajo. Comíamos juntos todos los días, tan pronto en su casa como en la mía.

Una noche, que volvía solo y bastante cansado, arrastrando penosamente mi barquilla, un *ocean* de doce pies de que me servía por la noche, me detuve algunos segundos para tomar aliento cerca de la punta de las cañas, allá abajo, cerca de doscientos metros antes de llegar al puente del ferrocarril. Hacía un tiempo magnífico, resplandecía la luna, brillaba el río, la atmósfera estaba sosegada. Aquella tranquilidad me tentó; pensé que fumaría muy á gusto una pipa en aquel sitio. Tal como lo pensé lo hice; cogí el ancla y la eché.

La canoa, que bajaba la corriente, llegó al extremo de la cadena y luego se detuvo; yo me senté á popa sobre mi piel de carnero, lo más cómodamente que pude. Nada se oía, nada en absoluto, tan sólo á veces creía oír leve chapoteo del agua al chocar en la orilla y advertía grupos de cañas más elevados

que los arbustos que tomaban aspectos raros y se agitaban de cuando en cuando.

El río estaba completamente sosegado, pero yo me sentía conmovido por el silencio extraordinario que me rodeaba.

Ranas y sapos, esos nocturnos cantores de los estanques, callaban. De pronto, á mi derecha, oí el croar de una rana. Me estremecí, calló. Nada más oí y de nuevo fumé para distraerme.

A pesar de que era yo un fumador empedernido, tuve que dejar la pipa; sentía mareo. Canturreé y el sonido de mi voz me desagradaba; entonces me tendí en el fondo de la barquilla y miré al cielo. Durante algún tiempo permanecí tranquilo, pero bien pronto me inquietaron los movimientos de la barca. Me pareció que daba saltos gigantescos, tocando ya una ya otra de las orillas; luego me pareció que un sér ó una fuerza invisible la atraía suavemente al fondo del agua y la levantaba después para dejarla caer de nuevo. Me sentía zarandeado como durante una tempestad; oía ruidos en torno de mí; me levanté de un salto, brillaba el agua, todo estaba en calma.

Comprendí que tenía los nervios algo excitados y resolví marcharme. Tiré de la cadena; la canoa se puso en movimiento; luego sentí una resistencia; tiré con más fuerza, el áncora no salió. Había enanchado en algo pesado que había en el fondo y no podía levantarla. Volví á tirar, pero inútilmente. Entonces, con los remos hice dar vuelta á la barca y la llevé contra la corriente, á fin de hacer variar

de posición al áncora. Fué en vano; continuaba agarrada. Encolericéme y sacudí con rabia la cadena. No se soltó. Me senté desalentado y reflexioné acerca de mi situación. No había que pensar en romper aquella cadena ni en arrancarla de la barca porque estaba sólidamente sujeta á un madero más grueso que mi brazo. Pero como el tiempo era muy bueno, me consolé pensando que sin duda no tardaría en llegar un pescador que viniera en mi ayuda. Aquel contratiempo me había calmado; sentéme y fumé mi pipa. Tenía una botella de ron; bebí dos ó tres vasos y mi situación me hizo reír. Hacía mucho calor, y si venían mal dadas podía en rigor pasar la noche al sereno.

De pronto oí un golpecito dado en la barca. Me estremecí y un sudor frío me heló de pies á cabeza. Aquel ruido provenía, á no dudarlo, de alguna madera arrastrada por la corriente que había chocado contra la barca; pero bastó para sobresaltarme y de nuevo sentí una rara agitación nerviosa. Cogí la cadena y tiré con desesperado esfuerzo. El ancla resistió. Me senté fatigado.

Entretanto el río se había cubierto de una niebla blanca muy espesa que se arrastraba al ras del agua, de modo que, poniéndome en pie, no veía ni el río, ni mis pies, ni mi barca; nada más que las puntas de las cañas, y, á lo lejos, la llanura iluminada por la pálida luz de la luna y grandes manchas negras que subían al firmamento, formadas por grupos de álamos de Italia. Estaba sepultado hasta la cintura como en una inmensa capa de algodón de

singular blancura y me asaltaban fantásticos pensamientos. Imaginaba que alguien trataba de subir á mi barca, que apenas distinguía, y que el río, oculto por aquella bruma opaca, debía estar poblado de seres raros que nadaban en torno mío. Experimentaba un malestar horrible; tenía opresión en las sienes, el corazón quería saltárseme del pecho y, enloquecido, pensé en huir á nado; pero casi en seguida tal idea me hizo estremecer de miedo. Me ví perdido, yendo al azar entre aquella bruma, luchando entre las hierbas y las cañas que no podría evitar, estertorando de miedo, no acertando á llegar á la orilla, no pudiendo encontrar mi barca, y me parecía sentir que me tiraban de los pies hasta hundirme en aquella agua negra.

En efecto; como me habría sido preciso nadar quinientos metros por lo menos hasta encontrar un sitio libre de juncos y de cañas, había nueve probabilidades contra diez de que me ahogaría antes de llegar á tierra, por muy buen nadador que fuera.

Trataba de razonar. Tenía la firme voluntad de no tener miedo; pero había en mí algo más que la voluntad y ese algo sentía miedo. Preguntéme qué podía temer; mi *yo* valiente se burló de mi *yo* cobarde, y jamás como entonces comprendí la oposición de los dos seres que alientan en nosotros, queriendo uno, resistiendo el otro y venciendo alternativamente.

Aquel espanto animal crecía por momentos y se convirtió en terror. Permanecía inmóvil, ojo avizor, con el oído atento y esperando. ¿Qué? No lo sabía;

pero debía ser algo terrible. Creo que si á un pez se le ocurre saltar fuera del agua, como sucede á menudo, caigo sin sentido.

Sin embargo, por un violento esfuerzo, conseguí recobrar mi razón que se escapaba. Tomé de nuevo mi botella de ron y bebí á grandes tragos. Entonces se me ocurrió una idea y me puse á gritar con todas mis fuerzas, volviéndome sucesivamente hacia los cuatro puntos del horizonte. Cuando quedé extenuado escuché. Un perro aullaba á lo lejos, muy lejos.

Bebí más y me tendí en el fondo de la barca. Permanecí así una hora, quizá dos, sin dormir, con los ojos abiertos, hostigado por pesadillas tremendas. No osaba levantarme á pesar de que lo deseaba y aplazaba hacerlo minuto tras minuto. Me decía: "¡Ea, en pie!", y me daba pavor moverme. Al fin me levanté con infinitas precauciones, como si mi existencia hubiera dependido del menor ruido que hiciera, y miré por encima de las bandas.

Quedé deslumbrado por el más asombroso, por el más maravilloso espectáculo que cabe imaginar. Era una fantasmagoría del país de las hadas, por una de aquellas visiones contadas por los viajeros que llegan de muy lejos y que escuchamos sin darles crédito.

La neblina que dos horas antes flotaba sobre el agua se había retirado poco á poco y retraído hacia las orillas. Dejando completamente libre la corriente, había formado en cada margen una colina ininterrumpida, alta de seis ó siete metros, que brillaba bajo la luna con el fulgor soberbio de las nieves. De

modo que no se veía otra cosa que el río centelleante de luz entre dos montañas blancas, y arriba, encima de mi cabeza, refulgía ancha y redonda una luna clara en el centro de un cielo azulado y lechoso.

Todos los peces habían despertado; las ranas croaban con furia y de cuando en cuando, tan pronto á la derecha como á la izquierda, resonaba la nota corta, monótona y triste que lanza á las estrellas la voz metálica de los sapos. ¡Cosa rara! Ya no sentía miedo; estaba rodeado de un paisaje tan extraordinario que ni las mayores singularidades consiguieran admirarme.

No sé cuánto tiempo duró aquello, pues había acabado por amodorrarme. Cuando abrí de nuevo los ojos, la luna había desaparecido y el cielo estaba cubierto de nubes. El agua chapoteaba lúgubrememente, soplabá el viento, hacía frío, la obscuridad era profunda.

Bebí lo que me quedaba de ron y luego escuché, temblando de frío, el roce de las cañas y el ruido siniestro del río. Trataba de ver; pero no podía distinguir ni mi barca ni mis propias manos aun cuando las aproximara á mis ojos.

Poco á poco, sin embargo, disminuyeron las tinieblas. De pronto me pareció que una sombra se deslizaba junto á mí; grité; una voz me respondió; era un pescador. Le llamé, se acercó y le conté mi tropezco. Entonces puso su barquilla al lado de la mía y ambos tiramos de la cadena. El áncora no se movió. Apuntaba el día, sombrío, gris, lluvioso, glacial,

una de esas jornadas que presagian penas y desdichas. Ví otra barca; llamamos. El marinero que la tripulaba unió sus esfuerzos á los nuestros, y entonces, poco á poco, el ancla cedió. Subía, pero despacio, muy despacio, cargada con un peso considerable. Por fin vimos una masa negra y la echamos á bordo.

Era el cadáver de una vieja con una gran piedra al cuello.

EN FAMILIA